



Consejo Económico y  
Social

PROVISIONAL

E/1998/SR.12

25 de junio de 1999

ESPAÑOL

ORIGINAL: INGLÉS

---

Período de sesiones sustantivo de 1998

Serie de sesiones de alto nivel

ACTA RESUMIDA PROVISIONAL DE LA 12ª SESIÓN

Celebrada en la Sede, Nueva York,  
el lunes 6 de julio de 1998 a las 10.00 horas

Presidente: Sr. SOMAVÍA (Chile)

SUMARIO

Aprobación del programa y otras cuestiones de organización

Diálogo sobre política y examen de novedades importantes de la economía mundial y de la cooperación económica internacional con directores de las instituciones financieras y comerciales multilaterales del sistema de las Naciones Unidas

---

Las correcciones a la presente acta deberán redactarse en uno de los idiomas de trabajo. Dichas correcciones deberán presentarse en forma de memorando y, además, incorporarse en un ejemplar del acta. Las correcciones deberán enviarse, dentro del plazo de una semana a contar de la fecha del presente documento, a la Jefa de la Sección de Edición de Documentos Oficiales, oficina DC2-750, 2 United Nations Plaza.

Se declara abierta la sesión a las 9.45 horas.

APROBACIÓN DEL PROGRAMA Y OTRAS CUESTIONES DE ORGANIZACIÓN (E/1998/100 y Add.1; E/1998/L.9)

Queda aprobado el orden del día.

El PRESIDENTE se refiere a la propuesta de programa de trabajo del Consejo (A/1998/L.9). Considera que el Consejo aprueba el programa de trabajo propuesto.

Así queda acordado.

DIÁLOGO SOBRE POLÍTICA Y EXAMEN DE NOVEDADES IMPORTANTES DE LA ECONOMÍA MUNDIAL Y DE LA COOPERACIÓN ECONÓMICA INTERNACIONAL CON DIRECTORES DE LAS INSTITUCIONES FINANCIERAS Y COMERCIALES MULTILATERALES DEL SISTEMA DE LAS NACIONES UNIDAS (E/1998/55)

El PRESIDENTE, refiriéndose a la evolución de la situación desde la Ronda Uruguay, señala que las perturbaciones que sufre la economía mundial y la crisis de Asia han demostrado que la integración en el mercado mundial puede traer consigo grandes beneficios, pero también conlleva graves riesgos si no se gestiona bien. La nueva economía mundial no es un fenómeno de la naturaleza; es resultado de políticas específicas y adelantos tecnológicos. Sus consecuencias negativas pueden contrarrestarse con una gestión sensata y prudente en los planos nacional e internacional. En la era de la globalización, ningún país ni región está a salvo de no sufrir las consecuencias de otros graves acontecimientos que se producen en otros lugares. El mundo necesita disponer de un mecanismo de reacción rápida en que cada uno de los países e instituciones internacionales, junto con el sector privado, los sindicatos y las organizaciones de la sociedad civil, trabajen de consuno para prevenir las crisis y resolverlas con rapidez cuando se produzcan.

Al mismo tiempo, las tensiones de los sistemas internacionales financiero y comercial, los problemas que plantean la erradicación de la pobreza y la marginación social y la necesidad de orientar las fuerzas de la mundialización a fin de equilibrar los imperativos del crecimiento económico, la equidad social, los derechos de los trabajadores, la igualdad entre los sexos y la protección del medio ambiente, representan un desafío al que ninguna de las instituciones

multilaterales puede hacer frente por sí sola. La solución está en desarrollar nuevas mentalidades y actitudes, en lugar de seguir aplicando políticas sectoriales para hacer frente a problemas integrados, multifacéticos y sistémicos. En muchas sociedades hay una tendencia inquietante de culpar al extranjero. Esa mentalidad puede ser peligrosa y derivar en última instancia en el fracaso de la cooperación internacional.

Ninguna de las instituciones internacionales podría actuar individualmente, con su propia serie de políticas y su propia interpretación de los acontecimientos, para orientar al mundo hacia una mayor estabilidad económica, social y ambiental. Es necesario comprender mejor los acontecimientos y formarse progresivamente un punto de vista normativo integrado en que se reflejen objetivos comunes. Por encima de todo, es importante que esa perspectiva normativa sea moderna, atienda a las necesidades de los individuos, las familias y las comunidades y se base en entender que los mismos objetivos pueden alcanzarse por medios diferentes en las distintas sociedades según los distintos niveles de desarrollo.

Tras las conferencias y cumbres de las Naciones Unidas celebradas en el decenio de 1990 se ha generado un nivel sin precedentes de consenso internacional sobre cuestiones de gran complejidad y se ha constituido una buena base para definir los componentes de un conjunto integrado de políticas. Las instituciones deben trabajar por su cuenta para lograr los objetivos correspondientes a sus esferas de competencia, pero es necesario aprovechar al máximo las complementariedades y establecer estrategias de asistencia para que los problemas se puedan solucionar en un frente amplio.

Se han alcanzado importantes logros en ese sentido. En el informe del Secretario General sobre la cooperación entre las Naciones Unidas y las instituciones de Bretton Woods se expuso con claridad la profundidad y la envergadura de las relaciones beneficiosas que existían a todos los niveles y especialmente en el de los países. A nivel intergubernamental, se han tomado importantes medidas para intensificar los intercambios entre el Consejo y las instituciones de Bretton Woods. En la sesión especial de alto nivel que celebró el Consejo el 18 de abril de 1998 se puso en marcha un diálogo sobre la integración financiera mundial desde la amplia perspectiva del desarrollo, al que se dio continuidad en la visita que hicieron los embajadores de las Naciones Unidas al Banco Mundial, por invitación de su Presidente, con el fin de celebrar una reunión oficiosa sobre cuestiones de desarrollo.

El Consejo puede desempeñar una función importante en identificar las posibles complementariedades, solucionar posibles conflictos entre los imperativos macroeconómicos, sociales y políticos, desarrollar una idea común de las cuestiones y formular orientaciones amplias de política para solucionarlas. Por consiguiente, el Consejo podría llegar a elaborar un marco común en qué promover un crecimiento de base amplia y gran calidad y, al mismo tiempo, lograr más sostenibilidad económica, social, ecológica y política.

El SECRETARIO GENERAL señala que el Consejo se reúne en un momento de considerable confusión e incertidumbre, aunque también de grandes esperanzas. Nunca antes han sido tan evidentes las interdependencias mundiales de las cuestiones y los acontecimientos que dominan las vidas de las personas y los unen en un destino común. Nunca antes han estado tan entrelazadas las oportunidades y los riesgos. Y nunca antes han sido más profundas las responsabilidades del Consejo.

La situación mundial ofrece en la actualidad perspectivas sin precedentes de paz y prosperidad. Las principales Potencias están en paz y hay un reconocimiento generalizado de los principios básicos del buen gobierno democrático. Los adelantos tecnológicos facilitan la transmisión libre y sin restricciones de información e ideas, lo cual ha sido un elemento fundamental para el crecimiento de la sociedad civil y la potenciación de la transparencia y la rendición de cuentas.

Aun así, la humanidad parece no estar preparada para aprovechar plenamente ese increíble potencial. En la era actual se producen marcados contrastes: riquezas inmensas coexisten con la indigencia crónica; las economías crecen en algunas regiones mientras que en otros lugares las crisis repentinas menoscaban los logros alcanzados con el sudor de toda una generación. La situación económica mundial parece bastante precaria y pueblos de todo el mundo se encuentran divididos entre las esperanzas engendradas durante decenios de notables progresos y el temor de las convulsiones que se avecinan.

Tales esperanzas y temores se suscitan a nivel mundial. La economía es mundial, al igual que los mercados. Pero la política tiene lugar a nivel local. Por consiguiente, cada vez hay más diferencia entre lo que piden los ciudadanos y lo que pueden dar los gobiernos. El desafío reside en salvar las diferencias; en hacer frente a las interdependencias mundiales con toda su complejidad; en ofrecer oportunidades económicas a los que siguen excluidos, y en abrir las posibilidades de crecimiento evitando a su vez la inestabilidad. Para lograr

todo ello, sin embargo, el liderazgo colectivo y el multilateralismo han de alcanzar un nuevo nivel.

No hay que olvidar que el multilateralismo ha dado lugar al sistema de comercio internacional. Justo seis semanas antes se conmemoró el cincuentenario del Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). La comunidad internacional tiene muchos motivos para estar orgullosa de ese logro. El sistema de comercio abierto y reglamentado ha generado un aumento extraordinario de la prosperidad y una drástica reducción de la pobreza. También es un ejemplo destacado de cómo los esfuerzos conjuntos y la cooperación multilateral - en que los fuertes respetan los derechos de los débiles - no son un juego de suma cero sino que beneficia a todos.

El proceso de liberalización comercial debe continuar. Hay opiniones divergentes sobre la forma en que debe hacerse. Unos sugieren utilizar normas comerciales para lograr objetivos en las esferas laboral, ecológica y de los derechos humanos. En lugar de ello, había que aprovechar al máximo el sistema de las Naciones Unidas. Intentar utilizar el sistema comercial multilateral para solucionar problemas en esas y otras esferas lo sometería a una tensión excesiva, lo que sería mucho menos efectivo que adoptar soluciones normativas en los propios sectores.

Es una buena señal, por ejemplo, que 174 miembros de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) - gobiernos, organizaciones de empleadores y sindicatos - se hayan puesto de acuerdo tres semanas antes sobre los derechos sociales fundamentales que debe respetar la comunidad internacional en una economía mundializada. También es una buena señal que se esté reforzando el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA).

Aun así, no cabe la complacencia. Si bien hay motivos para atesorar y alimentar los logros alcanzados con el sistema comercial internacional, el desencadenamiento de la crisis de Asia nos recuerda que hay muchos otros factores - fuerzas financieras, económicas, sociales y políticas - que actúan de consuno para configurar - y sacudir - el mundo.

Aun se sigue debatiendo la interpretación de la crisis de Asia y las conclusiones que han de sacarse de ella. Todos han aprendido de los errores que hay que hacer una importante distinción entre los movimientos especulativos de capital a corto plazo y los compromisos a largo plazo como las inversiones extranjeras directas. Para las Naciones Unidas, es fundamental hacer tres observaciones amplias.

En primer lugar, la crisis ha tenido las consecuencias más devastadoras en los márgenes de la sociedad: en los pobres y vulnerables que tienen menos capacidad para soportar la pérdida repentina del puesto de trabajo. Amenaza con deshacer de un plumazo años de progresos en la mitigación de la pobreza y la promoción de los derechos de la mujer. Cuando una cosecha se pierde debido a la sequía, es un hecho comprensible. Pero cuando una persona pierde su medio de vida como trabajador de la construcción o de una cadena de montaje debido a la especulación financiera o la inestabilidad de los tipos de cambio, resulta mucho más desorientador e incluso desestabilizador.

Los trabajadores que migraron en busca de empleo en tiempos de bonanza; los pobres que no pueden seguir adquiriendo necesidades básicas debido al aumento de los precios; las personas empleadas en los sectores menos estructurados de la economía; cualquiera que sea el mecanismo que se conciba para hacer frente a esa crisis, hay que tener muy presente el bienestar de las personas que se encuentran en esas situaciones y en otras similares.

En segundo lugar, así como las personas pobres y vulnerables son las que más sufrieron, también sufrieron las naciones pobres y vulnerables. Los países en desarrollo tienen menos capacidad que los países desarrollados para hacer frente a las consecuencias de la crisis de Asia, e incluso los países que se encuentran lejos geográfica y económicamente de la región de Asia están sufriendo las consecuencias. Las naciones de África, por ejemplo, sufren daños colaterales al caer los precios de los productos. La cooperación internacional debe centrarse en primer lugar en esas naciones: en aquellas que no tienen grupos de presión efectivos o que no pueden hacerse oír de otra forma.

En tercer lugar, la interdependencia entre las naciones tiene un complemento fundamental: la interdependencia entre las cuestiones. Las finanzas, el comercio, el buen gobierno y la equidad social están íntimamente vinculados. La crisis de Asia se consideró en un principio como puramente financiera. Muy pronto quedó claro que la crisis estaba vinculada al comercio y a los tipos de cambio, y que sus consecuencias afectaban tanto al comercio como a las corrientes financieras.

El sistema comercial reglamentado está pagando por las deficiencias del sistema financiero. Los países de Asia oriental han experimentado caídas drásticas de la demanda interna y han tenido que recortar considerablemente las importaciones. Para escapar de la crisis, están intentando aumentar aún más las exportaciones. Por consiguiente, la naturaleza y la profundidad de las

interdependencias actuales son claras: las finanzas y el comercio no pueden tratarse como sectores independientes, ni pueden separarse los ámbitos nacional e internacional. El Consejo tiene la responsabilidad de promover las tan necesarias coherencia y cooperación.

No obstante, las dificultades iniciales de la mundialización no deben ocultar los numerosos factores positivos. La economía mundial verdaderamente abierta e incluyente a la que todos aspiran sigue siendo la vía más prometedora para difundir más ampliamente los beneficios de la mundialización. Las aspiraciones y el bienestar de millones de personas dependen de que los mercados se mantengan abiertos.

Al mismo tiempo, los temores que suscita la mundialización deben tomarse en serio. En el Norte, importantes segmentos de la población consideran que un comercio más libre no contribuye a su bienestar económico; más bien, consideran que las medidas adoptadas en pro de la mundialización y la integración de las economías nacionales en la economía mundial ponen en peligro sus puestos de trabajo, el medio ambiente y las "redes de seguridad" social. Los gobiernos se enfrentan al desafío de conciliar tales demandas, demostrar que los imperativos mundiales pueden coexistir con las necesidades locales. La comunidad internacional, incluido el sistema de las Naciones Unidas, tiene el deber de lograr que se comprendan los nuevos factores de la mundialización y de recabar una participación más amplia en la adopción de decisiones.

En el Sur, las personas temen que la marginación y la falta de oportunidades pongan en peligro su propia capacidad de encontrar un puesto de trabajo, de alimentar a las familias, e incluso de sobrevivir. En este caso, la comunidad internacional tiene una responsabilidad aún mayor y más urgente, y es donde puede hacer una diferencia más significativa e inmediata centrándose en las necesidades de los países de África y los países menos adelantados. En el informe sobre las causas de los conflictos y el fomento de la paz duradera y el desarrollo sostenible en África (A/52/781-S/1998/318), se señala que debían eliminarse las barreras no arancelarias que se imponían a los países de África y los países menos adelantados. Las exportaciones de los países menos adelantados hacia los países desarrollados deberían tener acceso sin restricciones aduaneras. Deberían tomarse importantes medidas para aliviar deudas insostenibles, por ejemplo convirtiendo en subvenciones la deuda bilateral pública restante y ampliando el acceso a la iniciativa para la reducción de la

deuda de los países pobres muy endeudados. Es inaceptable que la asistencia oficial para el desarrollo haya alcanzado su punto más bajo de la historia en un momento en que es tan necesaria la ayuda. Se trata sobre todo y ante todo de una cuestión de solidaridad; pero también se trata de evitar, de entrada, el costo aún más elevado de la asistencia humanitaria y el mantenimiento de la paz.

Disipar los temores que suscita la mundialización también implica que la comunidad internacional tendrá que reconocer su verdadero poder para influir en el curso de los acontecimientos. El advenimiento de una economía mundial puede parecer a veces una fuerza de la naturaleza. Pero la mundialización es resultado de opciones de política deliberadas: opciones por las que se han establecido mercados y parámetros para el comercio; opciones que reflejan valores comunes, como el imperio de la ley y la esperanza del progreso común.

Hoy en día cabe enfrentarse a otras opciones. Puede reinar el caos en los mercados internacionales o se puede cooperar para crear redes de apoyo en que dependa el progreso. Se pueden adoptar puntos de vista puramente locales o una perspectiva más mundial. Se puede aspirar a alcanzar logros a corto plazo o reorientar las mentalidades hacia el largo plazo.

Una opción clave es que la comunidad internacional utilice las instituciones internacionales que están a su disposición. Como en el caso de las otras opciones esbozadas, de hecho no hay ninguna opción. En un momento en que el sistema internacional de comercio y finanzas se encuentra bajo una gran presión, sería un gran error apartarse del multilateralismo. Ahora es momento de unirse e insuflar nueva vida al sistema de cooperación multilateral que ha costado tanto consolidar a lo largo de los años y ha sido tan útil a la comunidad mundial. Ahora es el momento de reforzar los marcos de cooperación internacional que pueden sembrar la prosperidad en la era de la mundialización.

Ya hay numerosos indicios de que se está estableciendo una red que se refuerza mutuamente. El sistema de las Naciones Unidas trabaja más estrechamente con las instituciones de Bretton Woods en todos los sentidos, en las sedes y sobre el terreno. La cooperación entre las Naciones Unidas y la Organización Mundial del Comercio (OMC) también es estrecha. Además, la OMC y la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) también colaboran en una amplia variedad de cuestiones.

El propio Consejo, siguiendo el espíritu de la reforma de las Naciones Unidas, ha formado parte de ese proceso de adaptación y renovación. Es digno de beneplácito el haber participado en la reunión decisiva que se celebró en abril

de 1998 en que el Consejo, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial promovieron vínculos más estrechos entre las comunidades diplomática, financiera y de cooperación para el desarrollo. El Consejo también está ajustando su programa, racionalizando su mecanismo subsidiario y promoviendo más coordinación entre los organismos especializados de las Naciones Unidas.

Cabe confiar en que ese proceso también permita al Consejo contar con un perfil más claro ante la opinión pública mundial. El mundo sabe que la Asamblea General es un gran foro de debate, un órgano cuyo número de miembros es casi universal y cuyas recomendaciones llevan el peso de la opinión mundial. El público también sabe de la existencia del Consejo de Seguridad por las responsabilidades que le corresponden en las esferas de la paz y la seguridad. En la actualidad, ha llegado la ocasión de lograr que la opinión pública tenga más conocimiento de la labor del Consejo - la labor del desarrollo - por medio de la cual la mayoría de las personas de todo el mundo tiene conocimiento de las Naciones Unidas y entra en contacto con éstas.

El mayor obstáculo que impide la prosperidad mundial no son las diferencias políticas o culturales sino la incapacidad de actuar con sentido común. Dicha incapacidad tal vez se vea alimentada por una combinación de temor, codicia, malentendidos y una simple falta de información. Pero es posible superar tales sentimientos. La destacada internacionalista y economista Barbara Ward, que fue pionera de muchas de las ideas e iniciativas mundiales del decenio de 1970, escribió en su obra clásica Las Naciones Ricas y las Naciones Pobres que cuando los gobiernos trabajan con inteligencia y perspectiva por el bien de los demás, alcanzan también su propia prosperidad y añadió que nuestra moral y nuestros intereses - considerados en verdadera perspectiva - no son fuerzas separadoras. Sólo la estrechez de nuestros propios intereses, ya sean personales o nacionales, nos impiden ver dicha verdad moral.

El Sr. CAMDESSUS (Fondo Monetario Internacional (FMI)) señala que los últimos acontecimientos que se produjeron en Asia y en otros lugares ilustran los riesgos así como los beneficios de un mundo cada vez más mundializado. En los últimos decenios, los países de Asia oriental fueron escaparates de los beneficios de la mundialización y lograron alcanzar lo que se consideró un "milagro" en cuanto a alto crecimiento y reducción de la pobreza. No obstante, en una economía mundializada, todos los países deben mantener una vigilancia constante de todos los parámetros socioeconómicos, en particular de la solidez del sistema bancario. Hay que evitar caer en la trampa de acumular

financiamiento a corto plazo y hay que tener cuidado de dirigir los asuntos públicos con transparencia y evitando todas las formas de corrupción, favoritismo y nepotismo. Esos problemas, cuya existencia se ha negado demasiado tiempo durante la crisis asiática y plantea una gran amenaza a los pobres, existieron en otros lugares en alguna medida, pero no habrían alcanzado proporciones tan peligrosas si las instituciones financieras de los principales países industrializados que operaban en los mercados internacionales no hubieran corrido riesgos excesivos.

En cuanto se le pidió ayuda para contener la crisis, el FMI actuó con rapidez para ayudar a Tailandia, luego a Indonesia y luego a la República de Corea a formular programas de reforma destinados a atajar de raíz los problemas y restablecer la confianza de los inversores. El objetivo de esos programas es reforzar los sistemas financieros, mejorar la gestión de los asuntos públicos y lograr más transparencia, restablecer la competitividad económica y modernizar el entorno jurídico y regulatorio. Con el fin de que avanzaran tales medidas, el FMI reunió un volumen sin precedentes de apoyo financiero. De diversas formas, ayudó a los países de todo el mundo que se veían amenazados con sufrir consecuencias de la crisis a reforzar sus estructuras macroeconómicas y económicas. En la actualidad, 55 países ejecutan programas del FMI y 28 más están negociando con el FMI con miras a reforzar sus estructuras económicas y evitar el contagio.

En las últimas semanas se ha desencadenado una nueva crisis con la caída del yen. Ese nuevo acontecimiento es muestra de una grave falta de confianza, provocada en parte por las condiciones de recesión que se viven en el Japón y la crisis a que se enfrentan sus instituciones financieras.